

POR LOS CAMINOS DEL REINO
COMPROMISO

FICHA: UNA HISTORIA QUE CONTAR

ANEXO I
DEL TESTIMONIO AL ENCUENTRO

Mohammed al-Moussari es un joven musulmán, de una rica e importante familia chiíta, que se convierte al cristianismo. El precio a pagar es la novela donde, convertido en Joseph Fadelle, narra su conversión y las duras consecuencias que le acarreó, teniendo finalmente que exiliarse de su país para poder vivir su fe abiertamente. Se trata de una historia real. Presentamos aquí unos extractos de la novela que narran los primeros momentos de su conversión, estando en el servicio militar, en el año 1987.

Por orden del comandante, el intendente del regimiento me pide que le siga para instalarme en el cuarto de un tal Massoud.

De camino pido información a mi guía sobre la persona con la que voy a pasar la noche.

- Es un buen hombre – me dice él –, un campesino. Tiene cuarenta y cuatro años y es cristiano...

Sus palabras me detienen en seco, como si fuera víctima de un mazazo. Las fuerzas me abandonan, palidezco y dejo caer al suelo mis cosas, así como el colchón que sujeto entre los brazos. A la sorpresa le sigue el pánico y, fuera de mí, me pongo a gritar como un loco:

- ¿Cómo? ¡No puede ser! ¿Esto qué es? ¡Acompáñame a ver al oficial? ¿Te crees que un Moussaoui va a dormir con un cristiano?

El terror hace presa de mí y me nubla la mente. Para nosotros, los cristianos son parias impuros, menos que nada, y es preciso evitarlos a toda costa. (...)

Lo que más me sorprende de Massoud es su capacidad para escucharme con un interés benévolo e inusual si se tiene en cuenta que, al no haber cumplido los 25, he vivido bastante poco. Aunque estoy convencido de la superioridad de mi tribu, me falta la tranquila seguridad de este hombre que al parecer proporcionan la edad y la cultura.

Pasados tres días, Massoud se ausenta toda la mañana para una misión, así que me encuentro solo y sin saber qué hacer en este cuartucho sin ventana, como un león enjaulado. Estoy aburrido y desmotivado.

Al rato me pongo a observar el rincón que ocupa mi compañero y descubro un librito en una estantería. Cuando me acerco para cogerlo, mis ojos se detienen en el título, misterioso y cargado de promesas: *Los milagros de Jesús*. En la portada aparece un hombre sonriente rodeado de un halo de luz. No conozco al tal Jesús, pero hechizado por las sirenas de una lectura interesante, me llevo el libro a la cama y, olvidando todos mis prejuicios hacia lo que Massoud representa, empiezo a leerlo desde la primera página.

Cuando esa noche regresa Massoud, decido no hablar con él para evitar herir su susceptibilidad, pero sobre todo porque noto en mí cierto sentimiento de culpa:

hace tan sólo unos días mi único deseo era levantar entre nosotros un muro infranqueable.

Quizás la noche me ayude a aclarar las ideas, o tal vez las horas transcurridas hayan logrado avivar mi curiosidad. El caso es que al día siguiente estoy deseando preguntarle a Massoud por ese Jesús que me obsesiona. No sin cierta vergüenza, le confieso mi crimen. Él me dedica una abierta sonrisa: en sus ojos no hay rastro de la ironía del vencedor.

Animado por ese aliento implícito, me atrevo a plantear la cuestión que viene torturándome desde ayer:

- ¿Quién es ese Jesús del que habla tu libro?
- Es *Issa ibn Maryam*, el hijo de María...

Con eso no responde a mi pregunta ni despeja mi ignorancia. A Issa le conozco: en el Corán aparece como uno de los profetas anteriores a Mahoma. Pero nunca había oído decir que se le diera otro nombre, ni que Jesús/Issa hubiese realizado milagros tan extraordinarios.

- No es de extrañar – contesta Massoud alzando los hombros –. Durante seiscientos años se le conoció como Jesús, pero la llegada del Islam le convirtió en Issa...

Algo desconcertado, aprovecho la ocasión para obtener más información acerca de la religión de mi compañero de armas con el fin de poder convencerle de la superioridad del islam.

- Dime, Massoud: ¿los cristianos tienen algún libro parecido al Corán?

La pregunta va con segundas: si la respuesta es negativa, me resultará mucho más fácil convencerle, pues no tendrá con qué oponerse al Corán, revelado por Alá a través de Mahoma.

- Sí, por supuesto – replica él para disgusto mío –. Tenemos la Biblia que a su vez está compuesta de dos libros: el Antiguo y el Nuevo Testamento.

¡La cosa se pone más difícil de lo que yo pensaba! Pero, llevado de mi afán misionero, no me dejo desanimar por una nimiedad como ésta. Tras unos instantes de reflexión, llego a la conclusión de que basta con enterarme de qué va ese libro de los cristianos para eliminar todos los obstáculos que impiden a Massoud reconocer el valor incontestable del Islam.

Pero un nuevo jarro de agua fría viene a apagar mi entusiasmo.

- No voy a tocar el tema de la Biblia, al menos por ahora – dice sin vacilar –. Antes voy a hacerte una pregunta, una sola, y tú me contestas sinceramente.

Terriblemente decepcionado por la escasa colaboración que me presta Massoud, no digo ni pío y asiento débilmente con un movimiento de la barbilla.

- ¿Tú has leído el Corán?

- Por supuesto – me apresuro a contestar –. ¿TE crees que soy un infiel, un mal musulmán?

- Sí, pero ¿lo has leído realmente? insiste Massoud con suavidad.

- Te estoy diciendo que sí, y todos los años lo leo durante el Ramadán. El Corán está compuesto de treinta partes, tantas como días tiene el Ramadán.

- ¿Y conoces el significado de cada palabra, de cada versículo?

Su pregunta actúa como un dardo de acero y consigue hacerme dudar. (...)

Massoud aprovecha mi silencio para proponerme un trato:

- Bien, te dejaré los Evangelios, pero lo haré con una condición: antes vuelve a leer el Corán procurando no impedir a tu inteligencia descifrar su significado, siendo totalmente honesto contigo mismo y sin hacer trampas.(...)

Cuando abro los ojos, no estoy solo en el cuarto. Massoud ha vuelto de permiso y me saluda sosegadamente con la mirada mientras sonrío.

Después sus ásperas manos de campesino me tienden un libro:

- Toma: el Evangelio – me dice solamente.

Cinco meses después de habérselo pedido, ¡por fin se ha acordado!

Y enseguida, como adelantándose a mis reproches, añade:

- No te extrañe que haya cuatro versiones distintas de la vida de Cristo. Los Evangelios describen los hechos de cuatro maneras diferentes.

Lo cierto es que, para alguien como yo, un no iniciado que además es musulmán y está acostumbrado a la unicidad del Corán, el que existan cuatro versiones distintas constituye una aberración. Pero el buen humor primaveral que me acompaña esta mañana impide que me detenga a fijarme en detalles como ese. Además, para mí el Corán ha perdido toda credibilidad, así que abro con impaciencia el libro de los cristianos por la parte titulada “Evangelio según San Juan”.

- Es mejor que empieces por otro lado: por el Evangelio de San Mateo, por ejemplo. Para comenzar es más fácil – me aconseja Massoud por encima del hombro.

¿Cuál es la misteriosa intención que me lleva a desoír su consejo cuando me tumbo en la cama con el libro? ¿Desafiarle? ¿No dar mi brazo a torcer? ¿El deseo de no plegarme a las órdenes de un cristiano, y menos aún en materia religiosa? Fiado de mi propio juicio, empiezo precisamente por la última versión, la del tal Juan. Absorto en el texto, me olvido hasta de desayunar y no noto que pasan las horas.

Y no sé en virtud de qué milagro terminé leyendo exactamente las palabras “pan de vida”: las mismas que acabo de oír hace unas horas en mi sueño.

Para despejar toda duda, vuelvo a leer despacio el pasaje en el que, después de multiplicar los panes para la muchedumbre, Jesús les dice a sus discípulos: “Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre...”.

Entonces sucede dentro de mí algo extraño, como una violenta explosión que lo arrastra todo a su paso y va acompañado de una sensación de bienestar y calor.

Es como si de golpe una luz brillante alumbrara mi vida de un modo totalmente nuevo y le diera sentido. Así es como me imagino yo un rayo ¡y es incluso más grandioso que un rayo!

Tengo la sensación de estar ebrio y un sentimiento de fuerza inaudita inunda mi corazón: una pasión casi violenta y cargada de amor hacia ese Jesucristo del que hablan los Evangelios.

Al mismo tiempo, comprendo que el sueño de la noche anterior era más que eso: contenía – ahora lo sé con absoluta claridad – una llamada, un mensaje personal que me dirigían a través de esas palabras. No sé de dónde proceden, ni sé decir lo que ese hombre representa para mí o cuál es el significado de todo esto.

Solo sé la alegría que este suceso despierta en mí. Tengo la certeza de que, a partir de ahora, mi vida nunca volverá a ser como antes.

Fadelle, J. (2011: 15-16,22-25, 34-35)